

PALOMERO PARAMO, Jesús Miguel, *El retablo sevillano del Renacimiento: análisis y evolución (1560-1629)*, Excma. Diputación Provincial de Sevilla, 1983, 528 páginas, 143 ilustraciones.

El tema del retablo español está de actualidad. En este libro se trata monográficamente, dentro de una escuela —la de Sevilla— y un período, el comprendido entre 1560 y 1629. No obedece este lapso a un capricho, ya que como el autor manifiesta, el Renacimiento se manifiesta en cada territorio peninsular con arreglo a una cronología, y ésta se entiende que para Sevilla es, en lo que al retablo concierne, todavía el Renacimiento.

Como ya se ha hecho costumbre, el tema se franquea a través de un dilatado pórtico, en el que caben las distintas consideraciones sociales en torno a la clientela y el artista. Especial significación se otorga a la organización laboral, establecida por los estadios de aprendiz, oficial y maestro. La extraordinaria precisión que adquieren estos puestos en la documentación permite hacer un estado de conocimiento muy puntual.

Puede decirse que el retablo se plantea en este libro con una perspectiva global. En el capítulo tercero se desmenuzan los aspectos considerados, que afectan a materiales, medidas, precios, policromía, etc. Pero se valora el alcance substancial que adquieren la morfología, la tipología y la iconografía. Gracias a la morfología conocemos la evolución y procedencia de los elementos componentes del retablo, desde la forma de la planta (lineal y ochavada), los soportes (columnas y pilastras), cuerpos y remates.

El retablo cumple una función y de ello da testimonio la tipología. Para el autor era doble: pedagógica y litúrgica; es decir, instruir y practicar el culto. Palomero hace una clasificación tipológica, que en parte coincide con la que se da en otras zonas españolas. Es diferente según se trate de la finalidad con que fue concebido el retablo, el contenido iconográfico o la estructura arquitectónica. En cuanto a la iconografía, el repertorio, aun dentro de una obligada clasificación, es densísimo.

El capítulo cuarto forma el catálogo de los retablos. Es una inmensa cosecha, bien clasificada. El autor ha establecido dos firmes pilares para su trabajo. Primero, ha concebido un modelo de ficha, que diríamos ya paradigmática por su justificada dimensión. Y se dice ficha, porque hasta formalmente cumple sus exigencias. Bajo los epígrafes de «forma» y «función» se encierran los caracteres propios del retablo. El número de cuerpos y el ritmo compositivo definen las líneas esenciales de todo retablo.

El otro aspecto es el uso del diseño, que constituye un auténtico alarde. Hoy padecemos una invasión de fotografías; el diseño es infinitivamente superior a la hora de precisar detalles y analizar estructuras. El empleo de letras y números ayuda al conocimiento del reparto iconográfico. Gran acierto es la superposición de fotografías en los encajamientos. En los diseños se tienen en cuenta la planta y los efectos de perspectiva. Ni en la ficha, la descripción y los diseños se echa nada en falta. Creemos que se ha llegado a la máxima exigencia.

El autor no ha tenido que sumergirse en los archivos a la búsqueda de datos. Estos estaban ahí, desaprovechados. Se ha hecho con ellos «historia del arte». Tan es así que hasta tres períodos se estructuran en la historia de este retablo sevillano del Renacimiento: el plateresco, el romanista y el purista. Y como es una historia del arte, los artistas se encierran dentro de momentos propios. No hay sino ver el detenidísimo estudio de los retablos de Juan Martínez Montañés. A través de este libro queda evidente su otra especialidad, de arquitecto de retablos, que aunque reconocida, siempre pasa desapercibida en los libros de escultura.

Creo, en suma, que el libro alcanza la categoría de «modelo»; mucho habrá que tomar de él para hacer la historia del retablo español.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.